

FERNANDO PÉREZ DEL RÍO MERCURIO ALBA

Cuando el individuo devora a la comunidad, el mito de la autosuficiencia.

EL ESPEJISMO DEL YO

Mientras celebramos la autonomía personal como máxima aspiración, nos enfrentamos a una epidemia de soledad y depresión sin precedentes. Frente a este desafío, la recuperación de la vida comunitaria emerge como el antídoto para sanar nuestra sociedad.



EL INDIVIDUALISMO Y SU IMPACTO EN LA SOCIEDAD

FERNANDO PÉREZ DEL RÍO & MERCURIO ALBA

El espejismo del yo

*El individualismo y
su impacto en la sociedad*

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© FERNANDO PÉREZ DEL RÍO, 2025

© MERCURIO ALBA, 2025

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2025

Primera edición: marzo de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD

Editor: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN

info@almazaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-19979-85-8

Depósito legal:

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
PREÁMBULO.....	17
1. PROTESTANTISMO COMO MOTOR DEL INDIVIDUALISMO... 23	
1.1. La influencia de la doctrina luterana en la sociedad moderna	23
1.2. Análisis psichistórico de Martín Lutero	26
1.3. Impacto en el nacionalismo alemán	28
1.4. La doctrina luterana y la desintegración del lazo social	32
1.5. Los EE. UU. cogen el testigo del individualismo; <i>self-made man</i>	36
1.6. El gran momento de la ideología anglosajona.....	41
1.7. El surgimiento de la ideología americana del éxito	45
1.8. La autoexplotación como consecuencia de la cultura del yo	47
1.9. La autoestima y su impacto en la sociedad	48
1.10. Búscate la vida	49
2. LA HISPANIDAD FRENTE AL PROTESTANTISMO.....	53
2.1. Reflexión sobre la hispanidad	53
2.2. La cultura hispana y la anglosajona: un análisis comparativo....	55
2.3. La hispanidad entre el mundo anglosajón luterano y el islam	58
2.4. Cansados de lo anglosajón	63
3. LA SOCIALDEMOCRACIA PRESCINDE DE LA FAMILIA	69
3.1. Modelo socialdemócrata, la respuesta es el Estado	69
3.2. El Estado burocrático	70
3.3. El exceso de Estado en Occidente sustituye a los vínculos.....	77
3.4. ¿Realmente somos libres en Occidente?	83
3.5. Cómo mantener a una sociedad ensimismada	87
3.6. El Ministerio de la Verdad. ¿Realmente nos podemos fiar de lo que nos dicen?	91
3.7. Jóvenes: entre la adaptación y la sumisión	93
3.8. La fatiga de la compasión: una crisis de solidaridad.....	95

4. LAS POLÍTICAS IDENTITARIAS	97
4.1. La fragmentación de las políticas identitarias	97
4.2. Los nuevos dogmas del individualismo.....	105
4.3. La política <i>woke</i> , soy lo que siento	107
4.4. La ley trans como máximo ejemplo del individualismo	113
4.5. Ley trans, el cuerpo de uno mismo como refugio.....	114
5. EL NUEVO CIBERPROLETARIADO.....	119
5.1. La cultura del espectáculo: un cambio de prioridades.....	119
5.2. El nuevo ciberproletariado: esclavos de las pantallas	120
5.3. La era de Tinder.....	122
5.4. El doble digital: la pareja es uno mismo	124
5.5. Relaciones fantasmas (el otro no importa)	125
6. LA FAMILIA COMO SISTEMA DECIMONÓNICO.....	127
6.1. Familia y cooperación vs. <i>make yourself</i>	127
6.2. La era del yo y el declive de los vínculos sociales y familiares ..	134
6.3. El declive de la función del padre	143
6.4. Colapso demográfico, ansiedad, soledad y mascotas.....	151
6.5. ¿Por qué lloran las mujeres?	153
6.6. El perrhijo: entre la necesidad de afecto y la ausencia de compromiso.....	158
6.7. El hijo como un lujo.....	162
7. LA DIFICULTAD DEL LAZO SOCIAL Y LA SOLEDAD.....	167
7.1. Reflexiones sobre la felicidad	167
7.2. El furor de los autóvídeos	168
7.3. El yoísmo, la salud mental	170
7.4. ¿El desbordamiento de libertades conduce inevitablemente a la angustia?.....	173
7.5. Soledad y depresión, síntomas de nuestro tiempo.....	176
7.6. La sologamia.....	179
7.7. El triunfo de la libertad y la infidelidad como consecuencia.....	181
7.8. La dificultad del lazo social	183
7.9. La isla de las tentaciones. Hice lo que sentía... ..	184
8. PSICOLOGÍA DEL HOMBRE ACTUAL DESDE UNA PERSPECTIVA TEOLÓGICA	185
8.1. Individualismo: el ideal moderno	185
8.2. Comunidad: el hombre como ser relacional	187
8.3. El equilibrio teológico entre individualismo y comunidad	188
ADDENDA.....	191
BIBLIOGRAFÍA	193

PRÓLOGO

«El individuo es una abstracción, en realidad no existe, mientras el mundo católico ha entendido que el ser humano vive en colectividad.»

Gustavo Bueno

Este libro que el lector tiene en sus manos es valiente y novedoso, entre otros motivos por ir contra corriente. Pero al mismo tiempo sus líneas traslucen un alto grado de sensatez. ¿Cómo es esto posible? Por supuesto, no hace falta estar de acuerdo al cien por cien con sus tesis para reconocer su gran valor. A fin de cuentas, como ya traté de demostrar en mi libro *La Guerra Cultural. Los enemigos internos de España y Occidente* (2020), nada se da en realidad al 100 % como nos muestra «la ley de la constante argenta» que allí explico.

De hecho, las tesis de los autores aparecen alineadas en alto grado con mi trabajo de los últimos años, donde describo el deterioro de Occidente que partiría de la desconstrucción tanto de la realidad como de la mente, junto a la entronización del exceso y su contraparte, la pérdida del equilibrio. Así lo trato de explicar no solo en el libro antes citado, sino también en el artículo académico «El virus cultural posmoderno: origen, variantes y posibles vacunas» (*Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, año 25, n.º 52, primer cuatrimestre de 2023, pp. 537-560). Tal

vez por eso me han pedido que prepare este prólogo, encargo que me honra.

Pero lo singular de este nuevo libro es que sostiene que la decadencia actual de Occidente y la creciente distorsión de la salud mental de sus ciudadanos es la consecuencia del triunfo del individualismo en el mundo anglosajón, que se extiende y contamina a todos de la mano de su expansionismo económico-cultural. Este dilema lo enfrenta con un enfoque interdisciplinar donde predomina la psicología, pero relacionada con la política, la cultura y la historia. Debo decir que no me desagrada esta aproximación metodológica sino todo lo contrario pues algo parecido llevo intentando hacer desde que escribí mi primer libro sobre la leyenda negra (*La conjura silenciada contra España: la manipulación franco-anglosajona de nuestra historia y sus quintacolumnistas ingenuos*, 2016), pasando por el segundo (*La leyenda negra: historia del odio a España*, 2018) hasta el último (*El Sacro Imperio Romano Hispánico*, 2023). De hecho, como ya he destacado, para la escuela de *Annales*, la historia se compone de un sistema de relaciones muy complejo entre fuerzas materiales y mentales donde tendría cabida el aspecto psicológico de los pueblos, pues la historia no es ajena a las creencias que dominan el imaginario colectivo de las gentes y que preparan, permiten o condicionan el acaecimiento relevante

En particular, en *El Sacro Imperio Romano Hispánico* desarrollo el concepto de «Historioterapia» planteando que el relato colectivo dominante influye decisivamente en la autoestima de los individuos que componen el grupo sobre el que se proyecta, se sientan aquellos parte de dicho colectivo o no. Sería como si a alguno de nosotros nos dijeran desde pequeños que somos nietos de un ladrón genocida y violador, y así creyéramos hasta que un buen día se descubrieran unos legajos que mostrarán que todo ese relato era una patraña inventada por una familia rival para quedarse a bajo precio con las propiedades

y tierras que ganó con esfuerzo y coraje nuestro abuelo, en realidad un gran hombre injustamente vilipendiado. ¿No nos cambiaría radicalmente la vida descubrir el nuevo relato? Los autores defienden que es mejor hablar de confianza que de autoestima, por ser un concepto del que abusan los libros de autoayuda y del pensamiento positivo. Coincido en la crítica a estos últimos, pero considero que el concepto de autoestima sigue siendo útil en función de cómo se defina. Se trata, en todo caso, de defender el sano orgullo frente a la vanidad y el narcisismo, buscando el equilibrio y huyendo de los excesos, donde creo que podemos estar de acuerdo.

Una de las aportaciones más destacables del libro es su análisis del origen del individualismo anglosajón, su extensión y efectos. Su raíz principal provendría de Lutero y su concepción religiosa, al separar al individuo de la Iglesia convirtiéndole al mismo tiempo en intérprete singular del mensaje bíblico. Todo esto junto al *servo arbitrio*, el poder del destino y sobre todo la configuración del éxito material individual como una demostración de la gracia espiritual habrían configurado los mimbres del liberalismo materialista que preside la sociedad en la que vivimos. Luego recogerían el testigo los EE. UU. con su concepto de *self-made man*.

Pero no solo el liberalismo. Otra de las aportaciones del libro es plantear que el individualismo triunfa, asimismo, paradójicamente, en la izquierda socialdemócrata pues a pesar de decir que defiende lo colectivo en realidad perseguiría dejar a cada ser humano solo y aislado frente al todopoderoso Estado, destruyendo por ejemplo la familia, con el fin de que sea más fácil dominarlo. Creo que se trata de una aproximación brillante y novedosa que merece ser tenida en cuenta pues explicaría por qué todos los experimentos comunistas han acabado en la práctica, más allá de sus proclamas utópicas, en regímenes autoritarios que alienan a los individuos al convertirlos en seres sin alma dependientes del Estado para todo.

De hecho, ya he sostenido en el artículo arriba mencionado que la posmodernidad «aunque los autores no utilizan expresamente este concepto» tiene dos padres: uno proveniente de la izquierda que podría personalizar Jean-Françoise Lyotard, con su obra *La condición posmoderna* (publicada en 1979) donde defendería, entre otras cosas, incluir discursos, lenguajes y relatos distintos (plurales) para cada ocasión o grupo social, en torno al concepto de «multiculturalidad». Pero otra pata provendría del propio liberalismo con autores como Karl Popper. Ambos en realidad perseguirían destruir «todo lo que era sólido» (cfr. Antonio Muñoz Molina), como los conceptos de patria, religión y familia, para adentrarnos así en el pensamiento y la sociedad líquida y evanescente (cfr. Zygmunt Bauman).

Frente a esa dualidad, aparentemente contradictoria, pero en realidad mutuamente destructiva, los autores plantean que existe otro modelo olvidado, una suerte de *tertium genus*, donde la idea de comunidad predominaba de manera natural sobre los individuos que la componen: el mundo hispano. Aquí, la familia y la iglesia como reunión de los fieles daban cohesión y sentido a la comunidad, asegurando así la solidaridad y cohesión entre sus miembros. Así, afirman: «En el reverso del individualismo, la teología cristiana plantea una visión del hombre como ser esencialmente comunitario. En la tradición cristiana, el hombre no fue concebido para la soledad, sino para participar en la vida de la comunidad, tanto en su dimensión humana como divina».

De nuevo es un planteamiento que me resulta atractivo pues coincide asimismo con parte de mis propias reflexiones. Vengo sosteniendo que el siglo XVI es clave para entender la historia de Occidente, constituyendo una de las cimas (sino la cima) de nuestra civilización y que ha sido sin embargo cancelado solamente por haber sido dominado por hispanos en lugar de por otros. Existió un humanismo hispano que supo combinar de

manera equilibrada las ideas de solidaridad, comunidad, libertad y comercio; el «Estado social hispano» al que se refiere la profesora uruguaya Mónica Nicoliello. Ese es el origen olvidado de todo, donde tanto el liberalismo anglo como el comunismo chino-soviético no serían sino perversiones del modelo original, aparentemente enfrentados, pero en realidad unidos en su misión compartida de cancelar el único modelo que ha sabido combinar libertad con comunidad, humanizando así a la primera globalización. Pero los hispanos, convertidos desde hace dos siglos en vasallos cognitivos, son incapaces de salir de la cueva de Platón, mostrándose sorprendentemente obsesivos con quienes les desprecian. Mientras, asistimos a la segunda globalización dominada por el «transhumanismo» y el «hombre-máquina».

El modelo hispano triunfó en la América Virreinal durante trescientos años, lo que hizo maravillarse, todavía a principios del siglo XIX, a un alemán como Humboldt que no tuvo más remedio que reconocer que en los virreinos hispanos se vivía mucho mejor que en la vieja Europa: mejores salarios, impuestos moderados, un comercio pujante (con una moneda única y el control de las rutas entre Asia-América-Europa), una administración eficaz y mayormente honesta y una solidaridad entre virreinos más ricos y más pobres (fondos situados). Por cierto, el único ejemplo de multiculturalidad que ha funcionado hasta ahora lo representa el mestizaje característico del mundo hispano. Todo eso lo perdimos con las mal llamadas independencias, es hora de recuperarlo y este libro contribuye a ello. Otro motivo para felicitarle por su aparición.

En la última parte del libro se describen diversos casos donde se demostrarían los perniciosos efectos del individualismo sobre la salud mental en la actualidad, que es lo que habría determinado el triunfo de la depresión. No podemos aquí comentarlos todos, pero sí me gustaría destacar algunas cuestiones. Ya W. H. Auden, en su libro publicado en 1947, tras la

Segunda Guerra Mundial, proclamaba que vivíamos en *La edad de la ansiedad*. Entonces criticaba, entre otros factores, la artificialidad, la precariedad cultural y la orfandad espiritual. En los años sesenta parecía que Occidente podía volver al equilibrio, pero la lucha contra la autoridad que representaron el Mayo del 68 y el movimiento *hippie* y sobre todo el triunfo de la tecnología nos devolvieron al exceso. El optimismo colorido se convirtió rápidamente en el pesimismo más banal. No hemos mejorado mucho sino todo lo contrario. Al tiempo (abril de 1917) que en Rusia triunfaba la revolución comunista, Marcel Duchamp, en una sala de exposiciones de Nueva York, hacía pasar con éxito un urinario, comprado en la tienda de la esquina, por obra de arte vanguardista. La desconstrucción de la realidad como antesala de la mental. Uno de los lemas de la posmodernidad era «sexo, drogas y rocanrol», con comunas donde practicar el amor libre. La alternativa a la familia tradicional no ha funcionado. Sigue siendo el mejor fundamento para asegurar un crecimiento sano y estable de los hijos, por más que asuntos como una mayor esperanza de vida planteen retos de difícil solución para un modelo pensado para otra época.

La depresión es ya una enfermedad común que afecta a más de trescientos cincuenta millones de personas y el suicidio, la segunda causa de muerte violenta en Occidente, tras los accidentes de tráfico. Lo curioso es que, como los autores del libro destacan, su porcentaje no es mayor en los países más pobres y con mayor desigualdad, sino que aumenta paradójicamente con el nivel de desarrollo económico y también con el de alfabetización. Así, cabe recordar que mientras en países en vías de desarrollo con inestabilidad política (e. g. Perú, Haití, Filipinas y Ghana) la tasa de suicidio es inferior a cinco por cada cien mil habitantes, en países ricos y pacíficos (e. g. Suiza, Francia, Japón y Nueva Zelanda) la tasa supera a diez por cada cien mil habitantes. La lista de suicidas incluye sorprendentemente no solo personas desvalidas o en situación de desigualdad o

pobreza, sino intelectuales prominentes y artistas «de éxito». También aquí el virus posmoderno ha agravado el problema. En la música y el cine numerosos jóvenes y no tan jóvenes, llegados a la cumbre del éxito y el reconocimiento, se enganchan a las drogas o acaban suicidándose. El elenco es amplio.

Los autores analizan asimismo varios ejemplos de una sociedad desestructurada y contradictoria esclava de ese individualismo (el furor de los autóvídeos, la fragmentación de las políticas identitarias y la victimización, el nuevo «ciberproletario» esclavo de las pantallas, «el perrhijo»: entre la necesidad de afecto y la ausencia de compromiso...). Solo unos breves comentarios para apoyar la línea que sostiene el libro. Hace tiempo que definiendo que vivimos una nueva forma de gobierno, «la tecnocracia», donde el poder lo ejercen, más allá de lo que marquen las elecciones, sean limpias o no, los tecnócratas «los que crean y dominan la tecnología» convirtiéndonos los demás en meros vasallos tecnológicos y consumidores pasivos de lo que marcan las modas. Pero vivimos de espaldas a la realidad, enfrascados en el mayormente falso dilema izquierda-derecha-izquierda, tipo «yenka».

En cuanto a la perversión de la identidad y la entronización de la victimización «como dicen los autores es el perdón lo que te hace psicológicamente libre no vivir instalado en el rencor» cabe recordar lo que decían hace algunos años J. Haidt y G. Lukianoff en su libro *La transformación de la mente moderna. Cómo las buenas intenciones y las malas ideas están condenando a una generación al fracaso* (2019): «Los nuevos grupos identitarios se comportan como sectas tanto hacia fuera (persiguiendo al hereje), como hacia adentro, castigando cualquier desviación para reforzar su cohesión y solidaridad: una vuelta al tribalismo y a leyes *ad hoc* para grupos concretos, que se aprovecha de tendencias innatas en nuestra herencia cognitiva [...]. La generación con una educación basada en principios posmodernos, con más derechos, más protegida y

con mayor dominio de la tecnología, paradójicamente se muestra desencantada. La depresión y la ansiedad aumentan, contraintuitivamente, entre los adolescentes, especialmente entre las mujeres y universitarios» (pp. 30, 234, n. 452).

En cuanto a la obsesión por reconocer derechos a los animales y la fiebre de las mascotas, coincido en que el individualismo lleva a una soledad cómoda pero que difícilmente se soporta, donde se prefiere tener un perro que un hijo y cuando se tiene un hijo es más para presumir en la foto y llenarlo de caprichos que para dedicarse realmente a educarlo. De hecho, los autores dan el siguiente dato: «Según la Red Española de Identificación de Animales de Compañía (REIAC), en nuestro país viven 6,2 millones de niños menores de catorce años, mientras que el número de perros registrados supera los siete millones». Pues bien, aquí quisiera contar una anécdota. Hace cosa de un año estaba hablando con un amigo que paseaba orgulloso a su perro; en efecto el animal se mostraba cariñoso y tranquilo. Mi amigo me comentó «ojalá mis hijos se comportaran como mi perro, mira cómo me quiere de manera incondicional», a lo que le contesté «¿has probado a cortarles los testículos a tus hijos como has hecho con tu perro? Porque los eunucos también eran encantadores». En nuestra sociedad superficial, nada es lo que parece. Mientras se critican a los taurinos por ver pasivamente cómo matan a los toros, se acepta que los dueños de mascotas extirpen los testículos a los machos o «vacíen» a las hembras, para no sufrir molestias cuando están en celo. Me pregunto: si se le diera a elegir a un toro, ¿qué preferiría? ¿Morir en una plaza, aclamado por el público, pudiendo defenderse del torero o ser y vivir castrado? Si fuera yo, tendría clara la respuesta.

Al final del libro se ofrecen algunas reflexiones sobre cómo superar los excesos del individualismo y volver a una sana idea de comunidad. A su lectura me remito. Por mi parte, me permito añadir el concepto de «modernición» que he definido

como una sabia combinación de modernidad y tradición para lograr la vuelta al equilibrio y huir de los excesos.

Concluyo. El presente libro es un misil que nos puede ayudar a ganar la guerra más terrible y permanente de todas: la cultural. Mis felicitaciones a los autores y mi recomendación a los potenciales lectores para que se decidan a adquirirlo. Lo disfrutarán y, cuando menos, les hará pensar.

ALBERTO G. IBÁÑEZ

Autor de los libros *La Guerra Cultural: los enemigos de España y Occidente* y *El Sacro Imperio Romano Hispánico: una mirada a nuestro pasado para una nueva Hispanidad*.

PREÁMBULO

El individualismo, concepto que en su esencia exalta la autonomía personal y la autosuficiencia por encima del bien común, merece ser examinado con detenimiento. A través de un recorrido por diversas voces filosóficas, literarias y culturales y una directa aproximación psicológica, argumentaré que el individualismo, lejos de ser la cumbre de la libertad, puede desintegrar el tejido social y perpetuar la injusticia.

Comencemos con Karl Marx, quien en sus *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* nos ofrece una crítica contundente sobre cómo el capitalismo, alimentado por el individualismo, aliena al trabajador. Marx nos dice que «cuanto más produce el trabajador, más poder alienador crea frente a sí mismo». Esto significa que la producción, en lugar de enriquecer al trabajador, lo despoja de su esencia humana, convirtiéndolo en una simple mercancía. Esta alienación es una consecuencia directa del individualismo, que subordina las relaciones humanas a la lógica del mercado, y nos hace preguntarnos: ¿Es este el precio de la autosuficiencia?

En su influyente obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, el sociólogo y economista alemán Max Weber traza el desarrollo del espíritu capitalista y su conexión con el individualismo. Weber observa que «la racionalización y el ascetismo protestante, diseñados para controlar al individuo en una comunidad religiosa, terminaron por construir una jaula de hierro del capitalismo moderno».

Esta jaula de hierro simboliza la paradoja del individualismo: promete libertad, pero encierra al individuo en una estructura económica y social deshumanizante. La literatura, por su parte, también nos ofrece profundas reflexiones sobre los efectos del individualismo. Inevitable es pensar en la novela política de ficción distópica *1984* de George Orwell, donde, como nadie ignora, se describe un régimen totalitario que suprime el individualismo. El protagonista, Winston Smith, se enfrenta a la tragedia de la resistencia solitaria. Orwell nos muestra que, sin solidaridad, la lucha contra la opresión es fútil. «Estaba solo en el universo, y desde este vasto vacío, podía contemplar la desesperación y la derrota de la humanidad». Esta cita nos recuerda que el individualismo extremo puede dejarnos vulnerables y aislados, incapaces de enfrentar desafíos colectivos. Esta novela nos alerta sobre el hecho de que cualquier régimen colectivista que anteponga al Estado y al colectivo por encima de todo termina por sustituir los vínculos familiares con el control estatal.

Estos regímenes, que proclaman la igualdad o la justicia social, inevitablemente entran en conflicto con la estructura familiar, que por su propia naturaleza es desigual, y, por lo tanto, tienden a eliminarla. En la misma línea, Aldous Huxley, en su celeberrima novela *Un mundo feliz*, presenta otra distopía donde el individualismo se manifiesta en la búsqueda hedonista y la satisfacción inmediata de deseos superficiales. Huxley advierte que «el soma, el gramito de felicidad, es la droga que mantiene a la sociedad dócil y conformista, privándola de la capacidad de reflexión y acción colectiva». Esta crítica literaria nos invita a reflexionar sobre cómo la promoción del individualismo puede ser una herramienta de control social, desactivando nuestra capacidad de formar vínculos significativos y luchar por cambios estructurales.

Desde una perspectiva filosófica, una de las filósofas más influyentes del siglo XX, Hannah Arendt (2021), nos habla en

La condición humana de la importancia de la acción colectiva y la vida pública. Arendt argumenta que «la esencia de los derechos humanos es el derecho a tener derechos, a pertenecer a una comunidad organizada políticamente».

Para Arendt, la verdadera libertad y realización personal no se encuentran en el aislamiento, sino en la participación activa en la vida comunitaria. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿Puede alguien ser verdaderamente libre si está desconectado de su comunidad?

La noción de libertad es una de las más veneradas y discutidas en la historia del pensamiento humano. A menudo, se asocia con la capacidad de actuar según la propia voluntad, sin restricciones externas. Sin embargo, este concepto de libertad individualista puede ser engañoso si se considera en aislamiento de la comunidad. Este ensayo explora la relación intrínseca entre la libertad y la comunidad, argumentando que la verdadera libertad no puede existir en un vacío social.

En la novela *Los hermanos Karamazov* del ruso Fyodor Dostoievski, el personaje de Alyosha Karamazov representa la idea de que la fe y la comunidad son esenciales para la libertad espiritual. Dostoievski nos muestra que la desconexión de la comunidad lleva a la desesperación y la pérdida de sentido, mientras que la integración en una comunidad de fe y apoyo mutuo puede conducir a una forma más profunda y significativa de libertad. De igual forma, el escritor nobel egipcio Naguib Mahfuz, en su novela *Trilogía de El Cairo*, sostenía: «El hombre o es para toda la humanidad o no será nada». Por su parte, Emmanuel Levinas (2018) nos ofrece en sus obras de carácter moral una visión alternativa, rechazando el individualismo y proponiendo una ética de la responsabilidad hacia el otro. El filósofo francés sostiene que «la relación con el Otro, el rostro del Otro, es lo que nos llama a la responsabilidad, a salir de nosotros mismos». Esta ética de la alteridad desafía la noción de que el individuo es una entidad autónoma y

autosuficiente, destacando en cambio la interdependencia y la obligación moral hacia los demás.

El impacto del individualismo en nuestra cultura e incluso en la psicoterapia también es notable.

Sociólogos como el estadounidense Christopher Lasch (2023) centran parte de su trabajo en analizar cómo el individualismo extremo ha llevado al surgimiento de una cultura narcisista. Lasch describe una sociedad donde «el hombre moderno se define por su búsqueda insaciable de reconocimiento y éxito personal, a expensas de la comunidad y las relaciones duraderas».

Esta observación nos hace reflexionar sobre las consecuencias de vivir en una sociedad donde el éxito individual se valora por encima de la cohesión social.

Muchos libros recientes han abordado el tema del exceso de narcisismo en nuestra sociedad. Sin embargo, aunque esta perspectiva tiene su parte de verdad, considero que la raíz del problema no radica tanto en este concepto psicopatológico de la personalidad. Desde mi punto de vista, es el individualismo la clave de bóveda, y en este ensayo intentaremos desentrañar esta idea. El psicólogo social Robert Putnam, en *Bowling Alone* (2001), documenta la declinación del capital social en Estados Unidos, señalando que «la disminución de la participación en organizaciones comunitarias y la reducción de la confianza social son síntomas claros de un individualismo rampante». La falta de conexiones sociales robustas, según Putnam, tiene consecuencias negativas para la salud mental y el bienestar general de la población. Nos vemos entonces ante una paradoja: el individualismo, que pretende fomentar la autosuficiencia, puede acabar dejándonos más aislados y vulnerables.

Afortunadamente, existen alternativas al individualismo que promueven la cooperación, la solidaridad y la familia. El concepto de «Ubuntu», originario de las culturas africanas, encapsula esta visión con la frase «*Umuntu ngumuntu*

ngabantu», que significa «una persona es una persona a través de otras personas». Esta filosofía resalta la interconexión y la interdependencia de todos los seres humanos, proponiendo una ética de solidaridad y cuidado mutuo.

En el ámbito político y social, el cooperativismo ofrece una alternativa práctica al individualismo. Las cooperativas, basadas en la propiedad y gestión colectiva, demuestran que «es posible organizar la producción y el consumo de manera que se prioricen los intereses de la comunidad sobre los beneficios individuales», como argumenta David Bollier en su libro *Think Like a Commoner* (2014). Este modelo nos muestra que es posible construir una economía que valore más el bienestar colectivo que la ganancia individual, aunque, como veremos, también existe el riesgo de que la familia sea sustituida por el Estado.

De este modo, las personas pueden llegar a creer que pueden, e incluso deben, prescindir de los vínculos familiares, asumiendo que la solución a cualquier problema siempre recae en el Estado. Esto nos lleva de nuevo a la casilla de salida en el problema crónico del individualismo.

¿Dónde está el equilibrio justo? En las sociedades indígenas de América Latina, el concepto del «buen vivir» (*sumak kawsay* en quechua) promueve una visión de la vida en armonía con la naturaleza y la comunidad. Este enfoque, incorporado en las constituciones de Ecuador y Bolivia, desafía el individualismo al priorizar el bienestar colectivo y la sostenibilidad sobre el crecimiento económico y la acumulación individual. Nos invita a reconsiderar nuestras prioridades y a buscar formas de vida que sean más justas y equilibradas.

El individualismo, junto con el desmantelamiento de la familia, ha sido promovido, como veremos, tanto por el neoliberalismo influenciado por la ideología luterana, como por una socialdemocracia mal entendida que sostiene que la solución a cualquier problema debe provenir del Estado y no de la familia.

Mientras la socialdemocracia persigue la igualdad, se enfrenta con la familia, que es, por naturaleza, un sistema desigual.

Aunque puede parecer una promesa de libertad y autonomía, el individualismo acarrea riesgos significativos para la cohesión social y el bienestar humano. Las críticas de filósofos, sociólogos y escritores nos invitan a reconsiderar esta ideología y explorar alternativas que valoren la comunidad, la solidaridad, la interdependencia, pero sobre todo la familia. En un mundo cada vez más interconectado y complejo, es imperativo construir sociedades donde el bien común prevalezca sobre los intereses individuales, creando así un entorno más justo y humano para todos. La revisión crítica del individualismo no solo nos permite entender sus limitaciones, sino que también abre la puerta a un futuro donde la cooperación, el sentido de comunidad y la familia sean los pilares de una vida plena y significativa.

1. PROTESTANTISMO COMO MOTOR DEL INDIVIDUALISMO

1.1. LA INFLUENCIA DE LA DOCTRINA LUTERANA EN LA SOCIEDAD MODERNA

La observación de la vida desde nuestra ventana y la contemplación de las diferencias culturales mientras la gente disfruta del vermú nos lleva a una reflexión profunda sobre las raíces de las culturas hispana y anglosajona. Esta diferencia no es superficial ni reciente; se origina en una confluencia de factores históricos, sociales y religiosos que han moldeado las mentalidades colectivas a lo largo de los siglos.

En el contexto histórico, la expansión colonial de España e Inglaterra marcó una diferencia fundamental en su aproximación hacia los pueblos colonizados y, en consecuencia, en la formación de sus culturas contemporáneas. España, durante su periodo virreinal, tendió a integrar a los nativos indios como súbditos de la Corona. Esta política de inclusión pionera en la historia, aunque no exenta de problemas, promovió una visión más colectiva y una valoración de los lazos personales y familiares. La administración española buscaba crear una sociedad integrada bajo la religión católica, lo que fomentaba un sentido de comunidad y pertenencia.

Por otro lado, el colonialismo inglés fue menos integrador y más explotador. Los colonos ingleses generalmente veían a

los nativos y a los esclavos como medios para alcanzar fines económicos, y su enfoque estaba centrado en la acumulación de riqueza y la productividad. Este enfoque pragmático y utilitarista contribuyó a la formación de una cultura que valora por encima de todo la individualidad y la privacidad, donde el éxito personal y la autonomía se consideran esenciales.

El individualismo anglosajón tiene sus raíces en la reforma protestante y en la Ilustración. Estas corrientes promovieron la idea de que cada persona es un agente moral independiente, capaz de tomar decisiones por sí mismo sin la intermediación de una autoridad eclesiástica o estatal. Filósofos como John Locke y Adam Smith defendieron la libertad individual como un derecho natural y fundamental, sentando las bases para la democracia liberal y el capitalismo. En este contexto, la realización personal y la búsqueda de la felicidad se consideran derechos inalienables, y la sociedad se organiza en torno a la protección y el fomento de estos derechos.

Por otro lado, el catolicismo, con una tradición que se remonta a la Antigüedad tardía, se basa en la comunidad y en la autoridad de la Iglesia como guía moral y espiritual. La doctrina católica subraya la importancia de la colectividad y del bien común, enseñando que la salvación y la realización personal se logran en el contexto de una comunidad de creyentes. Las encíclicas papales y los concilios ecuménicos han reafirmado constantemente la primacía de la caridad y la solidaridad sobre el individualismo, promoviendo una visión del mundo en la que la interdependencia y el apoyo mutuo son esenciales.

La reforma protestante, iniciada por Martín Lutero, introdujo cambios significativos en la percepción del individuo y su relación con Dios. Lutero abogó por la fe y la misericordia como vías de salvación, lo que individualizó la experiencia religiosa y enfatizó la relación personal con Dios, desafiando la autoridad de la Iglesia católica. Este movimiento fomentó una ética de trabajo y una orientación hacia el éxito terrenal como

señales de la gracia divina, particularmente en las doctrinas calvinistas que exaltaban el éxito económico como un signo de la elección divina. Dicho enfoque contribuyó al desarrollo de una mentalidad meritocrática en las sociedades anglosajonas.

En contraste, el catolicismo, predominante en la cultura hispana, promueve la idea de que la salvación está disponible para todos, sin distinciones terrenales. Esta visión más inclusiva y comunitaria se refleja en la valoración de los lazos familiares y personales en las culturas hispanas.

La santificación y las buenas obras para los luteranos no son necesarias para la salvación, y solo importa la gracia. Esta enseñanza consta bien claramente en las Escrituras (Efesios 2:8-9 y Romanos 4:5).

En las sociedades anglosajonas, influenciadas por el individualismo, el énfasis en la autonomía personal se manifiesta en numerosos aspectos de la vida diaria. La educación, por ejemplo, se enfoca en el desarrollo de habilidades críticas y en la capacidad de pensamiento independiente. El mercado laboral valora la iniciativa, la innovación, la espontaneidad, recompensando a aquellos que demuestran liderazgo y creatividad. En la esfera personal, la importancia de la autoexpresión y la realización individual se ve reflejada en la diversidad de estilos de vida y en la búsqueda constante de nuevas experiencias y oportunidades.

En contraste, en las sociedades con una fuerte influencia católica, la vida cotidiana está marcada por un sentido de pertenencia y de responsabilidad hacia la comunidad y la familia. La educación no solo se centra en el desarrollo intelectual, sino también en la formación moral y espiritual, preparando a los individuos para contribuir al bien común.

Las festividades religiosas y las celebraciones comunitarias juegan un papel central en la vida social, reforzando los lazos entre los miembros de la comunidad y recordándoles su compromiso mutuo.

El mercado laboral, aunque también valora la iniciativa personal, enfatiza la importancia de la cooperación y la lealtad hacia la organización y sus miembros.

Por lo demás, la revolución industrial y el desarrollo económico en el mundo anglosajón no pueden ser atribuidos únicamente a la religión. Factores como la innovación tecnológica, el capitalismo y las políticas económicas también desempeñaron roles cruciales. Si la religión conllevara el triunfo de la economía no se podría explicar el éxito económico de Japón, Corea del Sur, China, Singapur, etc. La tozuda realidad nos recuerda que Centroeuropa tras el éxito del luteranismo se quedó anclado en la Edad Media hasta el siglo XIX.

Sin embargo, la ética protestante del trabajo y la orientación hacia la prosperidad personal sí proporcionaron un marco moral y cultural que favoreció un tipo de crecimiento económico por su carácter competitivo.

En resumen, las diferencias entre las culturas hispana y anglosajona en cuanto a la valoración de la familia y la individualidad encuentran sus raíces en la religión, siendo uno de sus espejos sus historias coloniales en el caso anglosajón y virreinos en el español y en las visiones del mundo que surgieron de ellas. La expansión integradora de España y el enfoque depredador de Inglaterra, junto con las implicaciones de la reforma protestante y la ética del trabajo calvinista, han dejado una marca indeleble en las mentalidades colectivas de estas culturas. Estas diferencias fundamentales continúan influyendo en la percepción del ser humano y sus relaciones en el presente.

1.2. ANÁLISIS PSICOHISTÓRICO DE MARTÍN LUTERO

Martín Lutero (1483-1546) es una figura central en la historia de la reforma protestante. Su impacto en la religión, la cultura y la política de Europa fue inmenso. Para comprender mejor sus acciones y enseñanzas, es recomendable realizar un análisis

psicohistórico que considere tanto sus circunstancias personales como el contexto sociopolítico en el que vivió.

Lutero nació en una época de gran cambio y agitación en Europa. La Iglesia católica dominaba la vida religiosa, política y social, pero enfrentaba crecientes y acerbadas críticas por su corrupción y abuso de poder. Bajo este contexto, se advertirá pronto que la invención de la imprenta en el siglo XV permitió una mayor difusión de ideas y reflexiones contra la Iglesia. Este reformista alemán procedía de una familia de campesinos que ascendió a la clase media-baja gracias al trabajo de su padre en la minería. Como es de esperar, su estricta educación religiosa y el ambiente disciplinario en su hogar tuvieron una profunda influencia en su desarrollo psicológico. Desde una edad temprana, Lutero experimentó una intensa ansiedad religiosa, caracterizada por un profundo temor al pecado y a la condenación eterna.

Lutero mostraba rasgos obsesivo-compulsivos, como su preocupación constante por la salvación y su temor al pecado. Esta obsesión se refleja en sus frecuentes confesiones y en su búsqueda de una vida religiosa impecable. Padecía episodios de depresión, descritos como periodos de *anfechtungen* (angustia espiritual). Estos episodios, acompañados de dudas y desesperación, influenciaron profundamente su teología, llevándolo a enfatizar la gracia y la fe como medios de salvación.

El análisis psicológico de Lutero revela un individuo atormentado por dudas y en permanente lucha interna. Sufrimientos físicos y mentales, manifestados en vértigos y zumbidos en los oídos, emborronaron su visión del mundo y su búsqueda de redención personal. Estas condiciones físicas, que él a menudo interpretaba como ataques directos del diablo, exacerbaron su angustia espiritual y su sentido de combate contra fuerzas malignas. En suma, la figura de Lutero, aunque influyente y emblemática, es paradigmática de las complejidades del ser

humano, con sus luces y sombras entrelazadas en la trama de la historia.

A pesar de su crítica a la autoridad eclesiástica, Lutero mostraba un carácter autoritario. Su rechazo a la jerarquía católica y su imposición de nuevas doctrinas reflejan una actitud desafiante y, al mismo tiempo, una necesidad de control y autoridad.

El famoso antisemitismo de Lutero, evidente en sus escritos tardíos, como *Sobre los judíos y sus mentiras*, refleja una faceta oscura de su personalidad. Este odio hacia los judíos, así como su vehemente oposición a los campesinos durante la Guerra Campesina en Alemania (1524-1526), muestra una clara tendencia hacia el extremismo y la intolerancia. Su apoyo a la represión violenta de los campesinos y su animosidad hacia los judíos fueron justificadas por su interpretación rígida de la teología y su creencia en la autoridad absoluta, todo muy al estilo de Maquiavelo: «El fin justifica los medios, y el que engaña encontrará siempre a quien se deja engañar».

La teología de Lutero, centrada en la justificación por la fe, puede entenderse como una respuesta a sus propias luchas internas. Al rechazar las obras como medio de salvación, Lutero alivió su propia ansiedad sobre la suficiencia de sus actos religiosos. Su doctrina de la *sola fide* (solo por la fe) puede verse como un intento de encontrar paz interior y resolver su conflicto espiritual. La insistencia de Lutero en que el hombre es inherentemente pecador y solo puede ser salvado por la gracia divina refleja su propio sentido de culpa y su necesidad de un medio externo de redención, pero si tiene fe no necesita nada externo. Esta doctrina proporcionó una solución psicológica a su lucha con la perfección y el pecado.

1.3. IMPACTO EN EL NACIONALISMO ALEMÁN

El apoyo de Lutero a los príncipes alemanes y su papel en la secularización de las propiedades eclesiásticas fortalecieron el

poder secular y contribuyeron al desarrollo del nacionalismo alemán. Dicho de forma sucinta, la rebelión contra la Iglesia católica supuso que el enorme patrimonio y tierras de la institución pasaran a manos de los príncipes alemanes.

Su traducción de la Biblia al alemán no solo hizo a las Escrituras accesibles al pueblo común, sino que también unificó el idioma y fomentó un sentido de identidad nacional.

El lema «El justo vive de la fe» (Romanos 1:17), encapsula la esencia de la propuesta de Lutero, que prioriza el sentimiento sobre la razón y la *gracia* como claves para la salvación. Esta idea, arraigada en la interpretación individual del Evangelio, refleja el puntillismo conceptual desarrollado por el pensador polaco-británico de origen judío Zygmunt Bauman. Bauman, uno de los sociólogos más influyentes de nuestro tiempo, introdujo el concepto de «puntillismo» en el contexto de su análisis de la modernidad líquida y la fragmentación social.

«Ni lineal, ni cíclico, ni como un haz de luz que cae... El tiempo futuro es “puntillista”, como esos cuadros de Seurat o Sisley donde cada punto reclama su atención porque es un mundo, pero a la vez está rodeado de otros que piden lo mismo hasta formar el cuadro completo, donde todos se saben indispensables para ofrecer la imagen correcta» (Bauman, 2014). En sus escritos, Bauman utiliza el término «puntillismo» para describir la forma en que las experiencias individuales y los eventos sociales se han vuelto fragmentados y disociados en la era contemporánea, similar a como los puntos individuales en una pintura puntillista forman una imagen cuando se observan desde lejos, pero se perciben como puntos separados cuando se miran de cerca. Al acercar la lupa a Lutero, revela cómo este desafió la autoridad de la Iglesia al postular que el Espíritu Santo no actúa a través de la institución eclesiástica sino directamente a través de la lectura personal de la Biblia. Esta postura, que desestima la mediación de la Iglesia, cuestiona la

relevancia de los rituales y los sacramentos, así como la figura del papa como representante de Cristo en la Tierra.

Sorprende que, con tantas críticas a los rituales y a la Iglesia, aún se celebren misas en el mundo luterano, aunque estas han quedado como un esqueleto de ceremonia sostenido con alfileres donde cada predicador tiene su propia iglesia. Lo importante para Lutero es la interpretación personal de las Escrituras, y todo esto sin intermediación de la Iglesia. Ni la Iglesia, ni los sacramentos, ni el papa sirven para mucho o para nada; la doctrina del protestantismo no reconoce al papa como vicario de Cristo en la Tierra.

Frente a las críticas, Lutero defendía el libre examen. Según esta doctrina, todos somos una especie de curas y no necesitamos confesión alguna, ya que basta un simple examen de conciencia. La Reforma no necesita mediadores; uno mismo puede perdonarse a sí mismo. De esta manera, comienza realmente la era del individualismo: ¿para qué necesito a los demás? Lutero eliminó la veneración de los santos, los votos monásticos, el celibato, el purgatorio y muchos sacramentos, que suponían la existencia de vínculos comunitarios.

Para Lutero, la salvación se alcanza solo a través de la conciencia subjetiva, otorgando a la persona una amplia autonomía moral. Cada individuo se autodetermina y autoforma, decidiendo libremente sobre sí mismo. En contraste, para los católicos, el sentimiento no es suficiente. San Pablo afirma que «la fe sin obras es una fe muerta». El libre albedrío, la razón y la Iglesia son fundamentales, con una transmisión de ideas y tradiciones y una importancia del Estado.

En conclusión, Martín Lutero fue un individuo complejo cuya personalidad y circunstancias personales influyeron profundamente en su teología y acciones. Su lucha contra la ansiedad, la depresión y el perfeccionismo se reflejan en su doctrina de la justificación por la fe. Su carácter autoritario y su extremismo marcaron su respuesta a las crisis sociales de su tiempo,

mientras que su influencia perdurable en la religión y la política europeas sigue siendo un testimonio de su impacto histórico. Analizar a la figura de Lutero desde una perspectiva psichistórica nos ayuda a comprender mejor las motivaciones y consecuencias de sus acciones en un contexto más amplio. Pese a la buena prensa y al continuo lavado de imagen, la reforma de Lutero generó grandes matanzas y persecuciones.

El segundo principio defendido por el pensamiento reformador fue el de la libertad individual. Aquí surge y triunfa el subjetivismo y el constructivismo, estableciendo las bases del relativismo moral en Europa.

La libertad que interesaba a Lutero era la de la conciencia, la posibilidad de creer religiosamente de manera distinta a la oficial. Esta libertad tenía que ver con la autonomía del hombre interior frente a la autoridad eclesiástica y civil, que en su tiempo eran prácticamente lo mismo.

Es una doctrina que, salvando las distancias, nos recuerda a los coranistas, una especie de protestantes dentro del mundo musulmán. Estos reformistas buscaban liberarse del control de imanes y jeques, promoviendo una interpretación más individualista y personal de sus sagradas escrituras. Sin embargo, esta corriente religiosa moderna fue rechazada en todos los países islámicos. ¿La razón? Los musulmanes son muy conscientes de que su fuerza reside en el grupo y la familia, y esta tendencia de pensamiento implicaba un alejamiento de esos valores colectivos.

Todo esto enlazará después con el liberalismo, y encontraremos países luteranos como Suecia en la función de representantes máximos del individualismo como valor, las enormes consecuencias de lo cual expondremos en detalle.

1.4. LA DOCTRINA LUTERANA Y LA DESINTEGRACIÓN DEL LAZO SOCIAL

La frase «El trabajo libera», que se encontraba en la entrada de varios campos de concentración alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, tiene sus raíces nuevamente en las enseñanzas de Lutero. Pues Martín Lutero no tenía aprecio por los pobres ni los mendigos, y odiaba con inquina a judíos y gitanos.

En 1537, Lutero escribió «*Sunt plerunque marani, mamelucken*» («La mayoría son marranos y mamelucos»), refiriéndose a los españoles con desprecio. Pero la verdadera pregunta debería ser: ¿se puede confiar en un reformista religioso cuyo fundador ataca a otros con tanta agresividad e inquina? ¿Es posible creer en las ideas de un pensador que expresa tanto odio y violencia hacia sus opositores?

Los cristianos, cuando hablan de religión, suelen asociarla con conceptos de paz y amor, pero la realidad es que el luteranismo no es el único caso en el que una corriente religiosa nace sobre la base del odio hacia otros. Lutero no solo era antisemita, sino también profundamente antilatino; despreciaba todo lo que fuera latino e hispánico. En uno de sus libros más conocidos, ya desde el título, incitaba abiertamente al odio. Lutero llamaba a quemar sinagogas y escuelas y a enterrar todo «con basura».

No hace falta ser un profesional de la psicología, como quien escribe, para sostener que este hombre estaba impulsado por el odio, más aún que por la reforma que pretendía llevar a cabo. En palabras del psiquiatra y filósofo alemán Karl Jaspers, Lutero compartía afinidades con la ideología que más tarde daría forma al nazismo en Alemania.

La Reforma significó el abandono de la idea de pobreza católica, y el ideal pasó a ser ganar dinero: «El trabajo libera». Lutero, separándose de la Iglesia católica, sostenía que quien no trabajara debía ser castigado.

Por otro lado, Lutero hizo algo sin precedentes en la cristiandad: rompió con la tradición católica, los santos y la escolástica. Hasta entonces, el saber en la cristiandad era un sistema acumulativo, donde los nuevos descubrimientos se aceptaban sin descartar lo anterior. A partir de ese momento el pasado deja de tener importancia y se impone, como veremos, el pragmatismo del presente y el sujeto ahistórico.

Un aspecto difícil de entender del luteranismo es que permite seguir pecando bajo la creencia de que Dios no lo ve. La cultura anglosajona, al rechazar gran parte de la estructura eclesiástica, es más espontánea y ofrece una vía rápida a la salvación basada en la fe, pero el hombre ya no interactúa con una iglesia que lo regule, quedando solo. La introspección es suficiente para alcanzar la fe, lo que lleva al hombre actual a no necesitar a nadie más.

Para la Iglesia católica, sin embargo, existen actos intrínsecamente malos (*intrinsicely malum*), como el suicidio o la eutanasia. Además, para la Iglesia de Roma, el fin no justifica los medios. La cuestión que es urgente plantear, y que constituye una diferencia esencial, es que la intención subjetiva del sujeto no convierte en «bueno» algo que es «malo».

Debe tenerse en cuenta que el luteranismo evitó dogmas y sacramentos, debilitando las raíces personales y creando un sujeto ahistórico. Un buen ejemplo del sujeto ahistórico sería el famoso *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM-5). Utilizado en todo el mundo por psiquiatras y psicólogos, enfatiza que la historia personal no es tan importante, careciendo de narrativa y fenomenología, sin importar «prácticamente nada» la tradición ni el pasado. La figura de Lutero, pese a ser celebrada como un liberador —en este sentido no hay nada más surrealista que ver la película biográfica *Lutero* del director Eric Till en 2003—, está ensombrecida por aspectos controvertidos de su personalidad y sus acciones. Como se ha señalado ya, sus escritos y declaraciones revelan